

iglesia de mi pueblo mezcladas con los cánticos sibílicos de la maga de Cumas que tantas veces oyera Virgilio por las colinas del Pousilipo; cuando veo juntos los discípulos de los filósofos griegos y los discípulos de los doctores cristianos bajo la misma techumbre y frente á frente; cuando contemplo la Virgen Madre al lado de la Psiquis y de la Galatea santificadas, el Baco de Vinci asistiendo al refloreamiento de la naturaleza universal y la transfiguración de Rafael representando la metamorfosis progresiva del espíritu en aquel Thabor de la historia; cuando paso con mi recuerdo del Moisés de San Pietro in Vincoli que trae la tempestad del Sinaí en su titánica fuente á la cena de Milán que os habla de los banquetes de Platón y que os sugiere las ideas de la antigua Academia, proclamo extático ante la perfección de tales imperecederos seres como hay en ellos, no sólo un simbolismo externo y una serie de formas plásticas más ó menos perfectas, sino también el ideal de una doctrina verdaderamente digna de Dios, porque consagra en todos sus aspectos y bajo todas sus fases la naturaleza del hombre.

¿Qué idea substituyó á este ideal humano y luminoso? Pues le substituyó el jesuitismo, es decir, la reacción implacable contra el dogma rejuvenecido, contra el arte nuevo, contra la ciencia humana. El jesuitismo, es la retrogradación religiosa hacia la Edad Media. Y como quiera que los ideales de la Edad Media están apagados y extintos; como quiera que la fe de la Edad Media con su candor antiguo ha desaparecido; como quiera que la herejía, antes ahogada, ha tomado carta de naturaleza en las primeras naciones europeas; el jesuitismo no vuelve hacia los ideales, hacia el espíritu, hacia el alma de lo pasado, sino hacia el organismo externo, la forma vacía, la fuerza material, la autoridad política, y el absolutismo protervo de los pontífices romanos, á todo lo contrario de la religión que debió fundarse uniendo la democracia social de San Francisco, la moral y la teología evangélicas de Savonarola, y la universalidad de Vinci, Buonaroti, Rafael, la universalidad del Renacimiento. El Dios jesuítico suprime la naturaleza humana, como el Dios asiático. Para conocerlo hay que apagar la razón libre, como para imitarlo hay que ahogar la libre voluntad. El probabilismo, doctrina escéptica, la cual comienza por extinguir el humano criterio, como no conoce la diferencia entre la verdad y el error, apenas conoce á su vez, la diferencia entre el mal y el bien. Las dos ciudades erigidas sobre dos eminencias de altura idéntica, gobernadas por dos genios de igual poder, acusan triste dualismo persa, tan erróneo como el dogma fundamentalmente maniqueo de los antiguos albigenses, que convierte la vida en guerra sin tregua y el universo en campo de batalla sin salida. El Cristo, humilde, manso, caritativo, cuya gran virtud es el amor, cuya espada única la palabra, cuyo ejército el apostolado, que acepta con resignación todos los dolores por salvar á sus semejantes; que suda en el Huerto la propia sangre por estancar la sangre ajena; que hace á Pedro envainar la espada en la hora de su prendimiento ó intercede con su Padre celestial por los mismos que lo crucifican en la hora de su agonía; truécase, dentro

de la doctrina de Ignacio, en una especie de capitán armado de todas armas, apercibido al bombate, connaturalizado con la guerra, y que llevando en la una mano su espada y en la otra su bandera, manda y dirige formidable colosal ejército á la matanza. Y después de todo esto no tiene otra cosa que oponer á la Reforma, cuya doctrina consagra al principio del examen libre y de la libre conciencia; no tiene que oponer otra cosa al Renacimiento, cuyo espíritu consagra la universalidad del arte y de la ciencia y admite los confluente de todas las ideas en el océano de la divinidad; no tiene que oponer á todas estas grandezas, como enemigo irreconciliable que será siempre del humano progreso, ninguna otra cosa más que su ejército mecánico, silencioso, sumiso, enajenado del pensamiento y de la propia voluntad, compuesto de cadáveres movientes, con tristes sombras por alma y absurdas entelequias por idea. Comparad el espíritu estrecho de los jesuitas, su ciencia de probabilidades, su moral de componendas, su fárrago de escolios, su arte parecido á la industria, sus templos de aparato, sus filósofos de compilación, sus retóricos y sus poetas de artificio con la democracia de Asís, con la doctrina de Savonarola, con la pintura de Rafael, con las construcciones de Bramante; y decidme si es verdad ó no que se apodera la decadencia del mundo en cuanto se apodera tan negra sociedad del humano espíritu.

Comparad aquellos hombres del Renacimiento, que sólo pueden competir con los hombres de Grecia; comparad los que han deletreado el cielo y descubierto el Nuevo Mundo; los que han traído á la vida la naturaleza de América y la historia de Grecia; los que han levantado en pedestales semejantes á cincelada joya las estatuas helénicas y les han puesto la luz del libre pensamiento en las sienas; comparad los que han hecho la República en Florencia y han dejado los ejemplares de sus artes en Roma, comparadlos en la plenitud de su vida, en la grandeza de su alma, en la vitalidad de su sentimiento, en los pálidos sacerdotes de la decadencia universal; y decidme si aquellos no parecen los Hércules que han limpiado la tierra de monstruos, los argonautas que han recorrido los mares de luz en naves áureas, los músicos que han levantado con sus liras esos ritmos de piedra en las colinas de Atenas; mientras los reaccionarios, los conjurados contra la libertad, los enemigos del pensamiento, los condenados por el progreso, parecen á una con su alma helada y su mirar fosfórico, los buhos nocturnos y solitarios, levantados sobre las ruinas en la desolación universal. Ellos han sido los grandes manipuladores del Concilio de Trento, que han fundado definitivamente el absolutismo eclesiástico, tan siniestro de suyo, y tan nefasto para la humanidad como para la Iglesia. El Concilio de Trento es su obra; y el Concilio de Trento es la Asamblea suicida, que mata el sistema parlamentario dentro del catolicismo; y el matar el sistema parlamentario dentro del catolicismo, extirpa la esperanza de todo progreso católico, y declara que no puede salir una nueva idea del seno de la Iglesia sin romper su organismo y extinguir su alma. La última legislatura del Concilio, en que todo lo dirigen el jesuitismo y sus grandes protectores ¡ay! reduce la religión

á una sirte de intrigas. Luchas entre los Reyes de Francia y España, como si Trento fuera un campo de batalla; seducciones y halagos á los obispos de parte del Pontificado, que llega hasta la simonía y el cohecho; intrigas de bávaros y austriacos; maquiavélicas componendas del cardenal Morone, rígido protector de los jesuitas, con el Emperador Fernando, patriarca de la más reaccionaria dinastía europea; fórmulas siniestras de Salmeron y de Lainez componen la urdimbre de un Concilio verdaderamente jesuítico en sus últimas sesiones; que ha detenido todo el movimiento democrático de la cristiandad y que ha fundado, para desgracia de Europa, y con pesadumbre de los buenos, el triste absolutismo eclesiástico. Aquel Pontificado tridentino, que recibe directamente su autoridad espiritual de Cristo y que obliga con imperio al Concilio á que dispute días y días sobre quién ha de mandar las bocanadas del incensario y quién ha de sostenerle la imperial cola de sus pomposas vestiduras; aquel Papa, que convierte los obispos en prefectos ó delegados de su autoridad soberana, queda reducido á una especie de triste demiurgo, ó ejemplar del absolutismo á que se ajustan y modelan Reyes como Felipe II y Luis XIV, los cuales acabaron bajo la máquina neumática de sus respectivas coronas con el alma de los pueblos. ¡Qué reacción! ¿Dónde se hallan aquellos pintores, que han despertado el ideal? Diríase, al verlos desaparecer todos juntos en la segunda mitad del siglo décimo-sexto, que les ha sorprendido el jesuitismo, como sorprenden las frecuentes heladas de Marzo y sus cierzós á las madrugadoras flores del almendro y á las recién nacidas mariposas. La epopeya de Ariosto, epopeya en que se desborda la regocijante alegría que da el vivir, se sustituye con aquella triste y arquelógica epopeya de Tasso, en que se canta una victoria desmentida por los hechos sobre aquella Jerusalén cautiva de los turcos. En vez de los jardines florentinos, con sus plátanos del Pireo y de la Agora, traídos á las orillas del Arno, bajo cuyas ramas departen los platónicos y cincelan sus joyas y sus bajos relieves los artistas; en vez de toda la divina increíble apoteosis del genio, los calabozos y potros y tormentos de Galileo con las voraces llamas que consumen á Bruno y á Vanini. La fe antigua se apaga en la mecánica del organismo puramente monástico, que todo lo aguarda del silencio y de la obediencia, y nada espera de la voluntad y del pensamiento. El poeta de la reacción católica, el Tasso, aunque canta la teología cristiana y las victorias eclesiásticas, apenas cree ¡infeliz! en la divinidad del Cristianismo. Nacido en Sorrento, desde cuyas alturas se descubre la más bella región y los más hermosos panoramas del planeta, lejos de copiarlos en su poema, inventa los contrahechos y embusteros y teatrales jardines de Armida, tan alejados de los artificios del arte, de los senos del universo. Así no es mucho que á la grande astronomía de Copérnico, el cual sorprendió su nuevo sistema del mundo á principios del siglo décimo-sexto con humilde anteojo colocado en la Tierra del Foro, suceda la triste alquimia de Bardano, que cree poder descubrir los secretos mágicos de la tierra, poniéndose una esmeralda en guisa de sortilegio á

la frente; y que al coro de artistas rafaelianos, parecido á una bandada de ruiseñores celestiales, sucedan los artificiosos y decadentes como los Carrachios, como los Guidos, como Albanos, como los Jordanes, que sólo aciertan todos ellos, en su eclecticismo, á darnos del arte el mentido artificio tan alejado de la realidad como del puro y sublime ideal, cuyo brillo sólo puede resplandecer en las regiones celestiales del alma emancipada y libre. Las artes son ya todas cortesanas; las esculturas ya se parecen todas á las violentas é incorrectísimas estatuas de los jardines de Versalles ó de los intercolumnios del Bernino; la frialdad del Escorial, erigido en recuerdo de las guerras religiosas, penetra por los huesos del género humano; la Florencia ateniense de los Médicis republicanos, se afea é hincha bajo el cetro de los Médicis monarcas; la triste Alemania se ve condenada por los conjuros jesuíticos del Austria imperial á las campañas de los treinta años; la todavía más triste Italia se halla reducida por sus Papas absolutos y sus régulos, condottieros de los Papas, á una servidumbre tan horrorosa como la muerte; nuestra España se precipita desde sus empresas fabulosas y desde sus descubrimientos mitológicos á los pies del hechizado é impotente Carlos II; apoderándose de Inglaterra los Estuardos que quieren esclavizarla para perderla, y la tea de la discordia religiosa calcina en voraces llamas el cuerpo de la cristiandad y oscurece con espesísima humareda toda su alma.

Nada muestra tanto la diferencia entre los tres momentos del moderno Cristianismo el momento franciscano; el momento florentino, mejor dicho, de Savonarola; y el momento jesuítico mejor dicho, de San Ignacio, como los momentos respectivos de cada edad. ¡Qué diferencia entre la Iglesia de San Francisco en Asís y la Iglesia en Roma de San Ignacio! Aquella se levanta en el sitio, donde San Francisco oía la albadas de las alondras al amanecer y las serenatas de los ruiseñores por la noche, compitiendo con esas avecillas en las dos Aves-Marías, que surgen, místicas oraciones, como las dos estrellas de la mañana y de la tarde, mientras la Iglesia del *Jesú* [triste concienical se levanta entre los espacios del templo de Belona, es decir, del templo de la guerra, en cuyas puertas sacrificó Sila, el fundador de esa dictadura perpetua, heredada por los Papas, seis mil prisioneros, tristísimos holocaustos á sus odios y á sus venganzas. Cuando entráis por las puertas de las iglesias de Asís, creéis entrar en el eterno cielo de las puras ideas místicas. El espíritu se recoge dentro de la iglesia subterránea, en sus sombras, como la semilla dentro del surco y bajo la escarcha del invierno. Pero luego, cuando subís á las dos iglesias superiores, y entre las ojivas de mármoles y los vidrios compuestos de verdaderos iris, junto á las estrellas de las techumbres veis, aquí los ángeles que baten sus alas, allí los mártires que agitan sus palmas, acullá las vírgenes que suben al Empíreo sobre nubes argentadas como lunas llenas, más lejos los doctores que leen la verdad absoluta en sus libros y los querubines que ascienden al eterno solio llevándole á una los ecos de los cánticos terrestres en sus labios y el incienso de las flores en sus manos como tributos de las criaturas al Criador, en treto-